

2. ESTRATEGIAS POLÍTICO-DISCURSIVAS DEL NUEVO BLOQUE EN EL PODER

*Emiliano López
Manuel Ducid*

1. Introducción

Luego de la crisis orgánica de 1998-2001, comenzó a emerger en nuestro país un período de normalización política e institucional y de establecimiento de las bases de un nuevo “modelo económico”, con orientación exportadora entre 2002 y 2007, que estuvo acompañado por la constitución de una *hegemonía desarrollista* impulsada por el nuevo bloque en el poder, conformado por la articulación de las diferentes fracciones productivas del gran capital (Wainer, 2013; López, 2014).

En ese contexto, en el presente trabajo analizamos las estrategias político-discursivas desarrolladas por aquellos actores que representan los intereses del nuevo bloque en el poder, con el fin de lograr el consenso de buena parte de los actores colectivos subalternos y dominantes y las características centrales de dicho consenso.

Para dar cuenta de este objetivo, tomamos como unidad de análisis algunas organizaciones representativas de las clases dominantes (Unión Industrial Argentina-UIA, Sociedad Rural Argentina-SRA, Asociación Argentina de Productores en Siembra Directa-AA-PRESID, y la Asociación Empresaria Argentina-AEA) y subalternas (Confederación General del Trabajo-CGT y Central de Trabajadores de la Argentina-CTA), y realizamos un estudio sobre los aspectos político-discursivos que permitieron a esta fracción de las clases dominantes una nueva forma de dominio consensual.

En el apartado siguiente especificamos algunos puntos de partida teórico-metodológicos. Luego, avanzamos en una explicación del período en el cual emerge el nuevo modo de desarrollo y prestamos

particular atención al rol que tuvo la UIA como un enunciador privilegiado para marcar los principales temas de agenda por esos años.

En tercer lugar, damos cuenta de las estrategias que permitieron a ciertos actores representativos de las clases dominantes consolidar la hegemonía desarrollista en el período 2005-2007.

2. La hegemonía en una perspectiva gramsciana: algunas precisiones analíticas sobre el plano político-discursivo y los análisis de clase

Una definición de hegemonía

Un punto de partida indispensable de nuestro trabajo lo constituye la definición del concepto de hegemonía que utilizamos para avanzar en el rol particular que posee la dimensión político-discursiva de la hegemonía y la manera en la cual hemos realizado el trabajo empírico para el caso argentino.

Partimos de la conceptualización de Gramsci (1986) para definir la hegemonía. De acuerdo al autor, ésta es una forma de dominación cuya especificidad radica en el carácter consensual de la misma. Es decir, una dominación hegemónica implica un cierto grado de “aceptación” de la subordinación por parte de los dominados (Balsa, 2011). Dicha aceptación puede darse de manera tanto pasiva, cuando se reproduce a través del “sentido común”; como activa, a través de la acción política subalterna (Buci-Glucksmann, 1978). En este punto, lo que nos interesa señalar son los mecanismos a través de los cuales un grupo, clase o fuerza política logra presentar sus propios intereses, su propia visión del mundo, como si fueran las del conjunto de la sociedad; es decir, cómo se convierte un grupo o clase en la “(...) dirección intelectual y moral de la sociedad” (Gramsci, 1986; 499). Así, la discusión sobre la hegemonía debe tener como uno de sus aspectos salientes el estudio de las dimensiones a través de las cuales los intereses corporativos de ciertas clases y fracciones se constituyen como universales. Reconocemos aquí dos dimensiones analíticamente separables que, para Gramsci (1986), operan en la generación de consenso en el plano político: la dimensión económica-corporativa y la dimensión del lenguaje.

La primera dimensión (Gramsci, 1986) por la cual las clases subalternas aceptan la dominación económico-política es la *económica-corporativa* y se presenta a través del *Estado ampliado*: la hegemonía burguesa se logra mediante una serie de organismos que se encuentran en el interior de la sociedad civil y reproducen los valores y la cultura de la clase dominante, de manera tal de lograr

que las clases subalternas encuentren su posición económicamente subordinada como la normalidad. Concretamente, el Estado ampliado se materializa en una red de instituciones que permiten la reproducción del orden social a través de la incorporación de los valores dominantes en la propia vida práctica de los subalternos. Esta categoría de Estado ampliado es la que permite incorporar los aspectos de la reproducción económica de los subalternos como un tema ineludible de la construcción del consenso. Como señala Thwaites Rey, la hegemonía depende de la posibilidad de “incorporar a los estratos populares al desarrollo económico-social” (Thwaites Rey, 2007: 148). Es así que, contrariamente a las perspectivas post-marxistas de acuerdo a las cuales la hegemonía se asocia exclusivamente al plano discursivo, la visión gramsciana introduce los aspectos económicos como condiciones necesarias, pero no suficientes, de la hegemonía de una clase o fracción. Esto no implica, sin embargo, determinismo economicista alguno. Por el contrario, la noción de Estado ampliado –asociada también a la categoría de bloque histórico (Gramsci, 1998)– permiten pensar en la incorporación de los aspectos económicos a través de la producción de un “sentido común” que los subalternos experimentan a través de su propia *praxis* social. En un sentido similar al de Thompson (1989), consideramos que a través de los organismos de la sociedad civil (tales como sindicatos, clubes, escuelas, instituciones religiosas, etc.) los subalternos experimentan sus posiciones de clase. La segunda dimensión, a la cual le prestaremos especial atención aquí, es el lenguaje. El lenguaje aparece en la obra de Gramsci como una dimensión clave para el estudio de lo político. La importancia del lenguaje en la obra del autor fue estudiada oportunamente por Ives (2004), para quien Gramsci abordó varios planos del lenguaje: el lenguaje visto como base de las “concepciones del mundo”, la imposición de la lengua nacional sobre los dialectos regionales, el rol de las metáforas en la construcción de significados, las gramáticas normativas y espontáneas como formas de ejercicio de la dominación social, entre otros puntos de interés para el análisis político¹. Desde este punto de partida, consideramos necesario profundizar algunos ejes sobre los cuales desarrollar la discusión en torno del lenguaje y los discursos sociales como una dimensión necesaria en el análisis de la hegemonía.

1 A pesar de ello, acordamos con Balsa (2011) en que las notas de Gramsci sobre el lenguaje no han permitido desarrollar una teoría acerca del modo en que los procesos discursivos intervienen en la construcción de proyectos políticos y, por tanto, abonan a la construcción de una hegemonía política.

El discurso como práctica social acotada, la enunciación y la hegemonía discursiva

El análisis del discurso y las ciencias sociales se han encontrado en una permanente tensión. En primer lugar, el análisis del discurso en ciencias sociales puede definirse como “(...) una socio-hermenéutica ligada, fundamentalmente, a la situación y a la contextualización histórica de la enunciación” (Alonso, 1998: 188). Es así que para este autor el análisis del discurso debe intentar dar cuenta de la reconstrucción del sentido de los discursos en su situación de enunciación y, de esta manera, debe dar cuenta de la construcción de intereses que se encuentran estructuralmente situados. El punto crucial de esta perspectiva es que el discurso es sólo una de las múltiples prácticas sociales, históricamente situadas y que se relaciona con otras prácticas. Por ello, el interés para nuestro estudio consiste en la posibilidad de articulación de esta práctica discursiva con otros procesos sociales – tales como los procesos económicos – que son parte contextual y, al mismo tiempo, condición de posibilidad de estos discursos. El “contexto” de un análisis del discurso, en un sentido gramsciano, debemos considerarlo como un sistema de relaciones de fuerza e intereses concretos que se enmarcan en las posiciones y le otorgan sentido a las estrategias políticas de los actores (Angenot, 2010). Esto es, un análisis social de los discursos implica que son, al decir de Touraine (1987), prácticas realizadas desde los intereses de diferentes grupos y actores sociales.

En segundo lugar, una categoría clave para el análisis del discurso es la *enunciación* y, por supuesto, el rol social del *enunciador* (Verón, 1987). La importancia de esta categoría parte de comprender a las formas de dominación social en el plano discursivo como dialógicas y no como simples imposiciones unilaterales (Bajtín, 1989). En este punto, planteamos una diferencia en relación a las perspectivas que avalan una lectura del “signo lingüístico” independiente de su contexto de enunciación y, por tanto, despojado de peso valorativo, tal como critica Voloshinov (1992) a la perspectiva de Saussure. De esta manera, la enunciación resulta clave para un análisis del discurso como práctica social acotada y se encontrará siempre en relación a una carga valorativa no neutral.

Es en este punto, donde nos es posible incluir un tercer elemento central para un análisis discursivo, en la clave del estudio sobre la emergencia y consolidación de una hegemonía: el análisis clasista de los discursos. Desde la perspectiva que tomamos aquí, la hegemonía no es una mera articulación en el campo de la discursividad, con puntos de fijación parciales que permiten constituir una

cadena de equivalencias y un efecto de frontera, como se desprende de la interpretación de Laclau y Mouffe (2004). Destacar el carácter material de los discursos no permite afirmar que toda práctica social es discursiva. Por el contrario, es necesario el reconocimiento del análisis de clase asociado a la hegemonía, aun cuando es evidente que no se pueden inferir de manera lineal los antagonismos que aparecen en el plano político desde las estructuras económicas subyacentes. Esta no linealidad de los antagonismos políticos en relación a la estructura económica, se desprende de los mismos análisis históricos de Marx (2009).

En este punto, partimos de la propuesta de Balsa (2011) para definir la hegemonía discursiva en clave operacionalizable. En primer lugar, el autor recupera dos pilares sobre los que debe basarse una lectura de la hegemonía discursiva en clave gramsciana: la dimensión *dialógica del lenguaje* y la *disputa por las significaciones*, como la forma en que se despliega la hegemonía discursiva. Esta perspectiva, nos permite pensar la hegemonía discursiva como una esfera no excluyente de la dominación social, que puede ser desafiada/aceptada por los actores subalternos. La hegemonía en el plano discursivo no responde, por tanto, a una imposición unilateral – como parece ser la visión elaborada por Portelli (2003) – sino a una subordinación conflictiva y, por tanto, abierta a la contingencia. El reconocimiento de la contingencia y la “no sutura” de lo social – que desarrollan sobre todo Laclau y Mouffe (2004) – resultan relevantes en un punto: si no es “disputable” el contenido de los discursos, no hay hegemonía sino dominación coercitiva (Balsa, 2006).

Sin embargo, debemos problematizar cuál es el espacio específico para la contingencia que los discursos provocan en las sociedades contemporáneas. Es decir, hasta qué punto la hegemonía discursiva posee anclajes en otros procesos sociales o bien sólo se remite al propio campo de la discursividad. Como mencionamos, desde la perspectiva gramsciana entendemos necesaria la reintroducción de la categoría de clases sociales para el estudio de la hegemonía discursiva. Ahora bien, cabe preguntarnos qué definición de clase es compatible con un estudio no determinista de la hegemonía discursiva. En particular, en nuestro trabajo hemos retomado la definición de clase social propuesta por Thompson (1989), de acuerdo al cual *clase* es una categoría heurística que sólo puede ser entendida en términos relacionales y procesuales, mediante la noción mediadora de “experiencia”. Esta definición permite pensar la relación no necesariamente unilateral entre posiciones estructurales, intereses y expresiones político-culturales.

Desde esta perspectiva podemos incluir, a su vez, un análisis sobre los actores colectivos de clase, no contradictorio como forma de aproximación empírica. Las clases sociales no existen como simples determinaciones estructurales relacionales, sino que a su vez se constituyen como tales en su acción política (Thompson, 1989; Poulantzas, 2007). Por ello, tal como señala Wright (1994) en base a las categorías *estructura de clases* y *formación de clase*, un estudio de la posición económica puede realizarse a través de las organizaciones. En este sentido, el estudio de las construcciones político-discursivas de las organizaciones colectivas abre la posibilidad de introducir la formación de una clase como sujeto colectivo (Caínzos, 1989), lo que puede dar lugar al estudio de las fuerzas sociales, los proyectos hegemónicos y las formas de articulación de los mismos, con anclaje en los condicionantes económicos.

Hechas estas aclaraciones en relación a la categoría de clase social, compatible con el análisis del discurso, volvamos a los límites de la discursividad y la contingencia. Si bien como han planteado Laclau y Mouffe (2004) las identidades se construyen a través del discurso, la definición de discurso que adoptamos como una (y sólo una) de las prácticas sociales existentes, nos permite afirmar que otras prácticas y procesos – por ejemplo, los económicos – pueden erigirse en marco de posibilidad de la construcción de identidades (Balsa, 2006). De esta manera, las posiciones y los procesos de clase deben ponerse en relación con las construcciones de una hegemonía discursiva, tal como la definimos aquí.

Dado que la hegemonía discursiva es una forma dialógica de la dominación social, es posible que otros procesos de clase – no discursivos – produzcan un cierto “buen sentido” anclado en las prácticas cotidianas de actores subalternos que los discursos cambiantes y contingentes no logran alterar radicalmente² (Nun, 1989). Esta noción de los “núcleos de buen sentido” que habitan en el “sentido común” (Gramsci, 1986), nos permite relacionar las prácticas discursivas de actores dominantes y subalternos, históricamente situados, con la noción de construcción de hegemonía. Al mismo tiempo, al reconocer el carácter contingente de toda construcción hegemónica, podemos dar cuenta a partir de un análisis detallado de un proceso histórico de las limitaciones de una hegemonía discursiva e identificar sus posibles tensiones y puntos de inflexión.

En definitiva, consideramos que una visión gramsciana de la

2 Un núcleo de buen sentido que resulta evidente es cómo en la práctica laboral y más allá de los discursos “clasistas”, los trabajadores asalariados experimentan y conforman una identidad distinta a la del patrón, no por ello basada en fundamentos políticos precisos.

categoría de hegemonía, posee la riqueza de tomarla como una forma de dominación que incluye analíticamente tanto los aspectos político-discursivos como aquellos relacionados a procesos económicos.

Con estos elementos analíticos, es posible avanzar en el estudio empírico sobre Argentina y la constitución de una nueva hegemonía en el período 2002-2007, luego de la crisis orgánica del neoliberalismo.

Sobre el Análisis Crítico del Discurso como modo de abordaje empírico

Una vez esbozadas las definiciones de categorías relevantes para el análisis del discurso social, avanzamos en el modo de abordar la operacionalización de estas categorías. Para ello partimos del Análisis Crítico del Discurso (ACD). Más allá de una serie de debates acerca de qué es el ACD, asumimos aquí la perspectiva de acuerdo a la cual se refiere a un modo de abordaje para la investigación empírica, que se enmarca en decisiones teórico-metodológicas previas y que centra su interés en problemas de investigación ligados al poder, a la construcción de hegemonía y otras formas de la dominación social (Fairclough, 2001). Por ello, aquí proponemos el esquema analítico concreto que aplicamos para estudiar las construcciones político-discursivas de los actores colectivos dominantes y subalternos.

En primer lugar, reconocemos en el análisis de los textos un mapa de posiciones discursivas que es un *campo de fuerzas sociales* (Alonso, 1998). Por ello, existen cuatro aspectos que debemos tener en cuenta para realizar un análisis del discurso social: investigar el *contexto*; analizar qué *actores y relaciones* de poder existen; encontrar *opiniones* que permiten inferir el *antagonismo* existente entre los actores; y, estudiar las *estructuras* mediante las cuales se logran *posiciones dominantes/subalternas* en los temas de interés. La identificación de estos aspectos será el punto de partida de nuestro análisis.

En segundo lugar, es necesario identificar los elementos propios del discurso como práctica social históricamente situada. Entre los elementos que componen el discurso encontramos, complementando el análisis de Wodak (2003) los siguientes: los *macrotemas*, que se refieren al nudo problemático en el cual un discurso se centra; los *géneros discursivos*, que son los usos convencionales – más o menos prefijados – del lenguaje, asociados a un tipo de actividad social (Fairclough, 2003); los *textos* que son definidos como los productos materiales duraderos de las acciones discursivas; por último, destacamos las *funciones del discurso social* como lo propone Angenot (2010), entre las cuales se destacan: representar el mundo,

legitimar y controlar, sugerir y hacer, producir la sociedad y sus identidades y, no menos importante, bloquear lo “indecible”.

Estas categorías debemos ponerlas en relación con otras dos:

La *inter-discursividad*, que se refiere a las relaciones que se establecen entre dos o más discursos sobre un mismo tema;

Las *estrategias u operaciones discursivas* de los actores como un plan de prácticas discursivas más o menos intencionales, que se adopta con el fin de alcanzar un determinado objetivo social o político.

Por último, para estudiar las posibilidades de construcción de una hegemonía debemos lograr mayor detalle acerca de los tipos de estrategias que pueden estar presentes en dicha construcción. Retomamos algunos de los aportes de Balsa (2006; 2011) acerca de la categoría de *estrategia u operación discursiva*, mediante los cuales se abre la posibilidad de estudiar la lucha inter-discursiva – dialógica – por la significación.

De acuerdo al autor, resulta de utilidad para un análisis empírico sobre la consolidación de una hegemonía discursiva, tomar en cuenta diferentes tipos de operaciones, entre las cuales aquí consideramos dos como las más relevantes. La primera de ellas se refiere a las *operaciones genéricas*, que aluden a la utilización de un determinado género discursivo por parte del enunciador. Esta elección “predispone” al receptor del mensaje y limita las posibilidades de interpretación del discurso que el mismo realiza. Las operaciones genéricas tienden a deslizar o “contrabandear” al interior de un género, otros tipos de géneros (Fairclough, 2003). La construcción de una hegemonía discursiva se da a través de la legitimidad que adquiere determinado género por sobre otros – por ejemplo, el género científico por sobre el género literario – y la utilización de estos géneros – de manera explícita o encubierta – por parte de los actores dominantes.

Un segundo tipo de *operaciones* son las *macroestructurales*. Dichas estrategias se relacionan con el formato del propio texto y se centran, por un lado, en el “modo de nombrar” (Wodak, 2001) los temas y, por otro, en la argumentación – donde se hace uso de la concesión, la retórica, los *topoi* o lugares comunes – de las posiciones.

Estas categorías del análisis crítico del discurso pueden ser de gran utilidad para estudiar procesos políticos contemporáneos. En este caso, las utilizamos para dar cuenta de la constitución de una nueva hegemonía política en el período 2002-2007.

Con el marco teórico-metodológico aquí planteado, podemos avanzar en el estudio empírico que constituye el objetivo central de este artículo.

3. De la crisis al establecimiento del “nuevo modelo”: la hegemonía desarrollista

Luego de la salida de la Alianza del gobierno a partir de las intensas –y trágicas– jornadas de movilización popular del 19 y 20 de diciembre de 2001, los acontecimientos políticos y económicos ganaron en celeridad e imprevisibilidad. Al deterioro que arrastraba desde años anteriores la hegemonía neoconservadora (Bonnet, 2007), se sumaron la crisis de representación del conjunto del sistema político –partidos e instituciones de gobierno–, la consolidación del proceso económico recesivo iniciado en 1998 y la dislocación de las identidades políticas previamente constituidas (Svampa, 2005).

En cuanto a los aspectos económicos, la caída sostenida en la rentabilidad del conjunto de la clase dominante –que condujo a la quiebra masiva de empresas pequeñas y medianas con su consecuente concentración del capital–, la explosión de los niveles de desempleo y pobreza –que intensificaron las demandas de las organizaciones subalternas en torno al trabajo y los ingresos– y la crisis fiscal del Estado, fueron de los más significativos.

En relación al deterioro de la hegemonía y la crisis de representación política, el año 2001 clarificó el grado de exclusión política al que estaban sujetos los distintos actores subalternos. La misma se presentó no sólo en el conjunto de los partidos políticos sino que, sobre todo, tuvo su correlato en las disputas intestinas en el Partido Justicialista (PJ). Sin una hegemonía clara en su interior, las disputas dentro de este “sistema político en sí mismo” que es el PJ (Torre, 2012) no se resolvieron hasta la llegada de Eduardo Duhalde a la presidencia como referente más importante del poder territorial bonaerense.

En este marco económico y político históricamente específico, la dinámica social y la iniciativa (más o menos exitosa) de los distintos actores sociales situaron en el centro de la escena política cuatro grandes *macrotemas*. Estos conformaron puntos de disputa cuya resolución tendría un correlato sobre los pilares del nuevo modelo económico-político constituido fundamentalmente durante el primer gobierno de Néstor Kirchner: la cuestión de la deuda externa, el problema del empleo, el tipo de cambio y la política fiscal del Estado nacional.

En los próximos apartados veremos cómo se configuró, en torno a estos macrotemas, un *mapa de posiciones discursivas*³ que dio como resultado la conformación y consolidación de un nuevo bloque

3 Para un análisis detallado de este mapa de posiciones discursivas como campo de fuerzas, puede verse López (2014).

social en el poder, dentro del cual el capital productivo adquirió un rol hegemónico y en el cual algunos de los principales actores subalternos participaron brindando un activo consenso. En un primer momento analizaremos el período 2002-2004, tomando como punto de partida la llegada a la presidencia de Eduardo Duhalde, pero analizando los primeros pasos del gobierno de Kirchner como parte central del escenario de conformación del nuevo bloque dominante. Continuaremos luego con el período subsiguiente, entre los años 2005-2007, intentando un análisis que pueda dar cuenta del cambio en las estrategias discursivas hegemónicas del bloque en el poder entre el primer y el segundo momento.

Las articulaciones políticas del nuevo bloque en el poder en Argentina

La emergencia del *nuevo modo de desarrollo* tuvo como precondition el *default* de la deuda pública y, sobre todo, la declaración de abandono de la Ley de Convertibilidad del peso a favor de un régimen cambiario de flotación administrada, como la política macroeconómica clave que el gobierno de Duhalde implementaría en los albores de su gestión. Estos temas, sumados a la implementación de un seguro de desempleo y la unificación de los planes sociales, eran todas demandas y propuestas incluidas en el programa del Grupo Productivo (GP)⁴ que, sin duda, logró instalar la agenda y generar los consensos necesarios tanto entre actores subalternos como en ciertos sectores de la nueva conducción política del Estado. De esta manera, acordamos con Cantamutto (2015) en que la devaluación fue una estrategia político-económica de ciertos sectores concentrados de la clase dominante, en particular, de aquellos nucleados en el llamado Grupo Productivo⁵.

Desde aquí partimos para avanzar en dar respuesta a los interrogantes previamente comentados. Más allá de la devaluación, el *default* y la implementación de los Planes Jefes y Jefas de Hogar Desocupados en 2002, las diferentes expresiones de las clases dominantes y subalternas comenzaron a operar discursivamente durante los primeros años del gobierno de Néstor Kirchner –mediante múltiples estrategias– para lograr imponer un orden social más cercano a sus intereses económicos y políticos. En el camino de

4 El Grupo Productivo de este bloque estaba formado por: la Unión Industrial Argentina, Confederaciones Rurales Argentinas, Cámara Argentina de la Construcción, Asociación Argentina de Bancos y Asociación de Bancos Privados de la República Argentina.

5 Incluso si abordamos el Estado desde una perspectiva instrumental, resulta elocuente que el primer Ministro de la Producción designado por el presidente Duhalde al asumir fue el titular de la UIA José De Mendiguren.

identificar las operaciones que permitieron la consolidación de una hegemonía discursiva, avanzamos primero en ubicar el enunciador privilegiado y los nudos intertextuales e interdiscursivos que permiten dar cuenta de la dimensión dialógica del lenguaje.

En primer lugar, y por lo dicho hasta aquí, en el proceso de salida de crisis la Unión Industrial Argentina⁶ se convirtió en el *enunciador privilegiado* que logró articular las posiciones de actores dominantes y subalternos detrás de un programa que apuntaba a favorecer sus propios intereses. Al menos hasta la devaluación del peso en enero de 2002, la UIA articuló en su programa económico-político, los discursos y las prácticas no discursivas de CRA, CAC, ABA y ABAPPRA –entre los actores dominantes– y la Confederación General del Trabajo (CGT) –entre los actores subalternos–.

En segundo lugar, los diferentes macrotemas que identificamos antes se estructuran en torno a un nodo principal que permite mantener la unidad transitoria de las posiciones discursivas heterogéneas, al menos durante los breves meses de la transición hacia un nuevo modo de desarrollo: la noción de *proyecto de desarrollo nacional*. Esta categoría que impugnaba al modo de desarrollo neoliberal en su conjunto y poseía reminiscencias del desarrollismo clásico –con ciertos escasos ribetes nacional-populares por el momento– de los años ´50 y ´60 del siglo pasado. El título mismo de la 7ma Conferencia Industrial organizada por la UIA en noviembre de 2001, va en este sentido: “Encuentro de los Argentinos. Un Proyecto Nacional para el Desarrollo”⁷. En ese ámbito de discurso –al cual concurren desde el presidente De la Rúa hasta dirigentes de organizaciones de trabajadores, pasando por varios funcionarios de diversos niveles de gobierno y empresarios–, De Mendiguren expuso sobre la importancia de un *proyecto nacional de desarrollo* para superar la crisis. A partir de un diagnóstico sobre las vulnerabilidades que tenía nuestro país en el marco de la crisis⁸, el referente de la UIA le daba contenido al proyecto nacional de desarrollo a través de una serie de propuestas que apuntaban a generar competitividad internacional –mediante mejoras del tipo de cambio real–, mejorar las condiciones para la inversión productiva –en desmedro de la inversión financiera–, dinamizar la demanda interna a través

6 La UIA representa a una multiplicidad de ramas industriales que, más allá de sus diversas tendencias internas, expresan un proyecto desarrollista en Argentina. Para mayores detalles, ver (Dossi, 2010; López, 2014).

7 Discurso de José De Mendiguren, 7ma Conferencia Industrial de la UIA, noviembre 2001. Fuente: <http://www.uia.org.ar/>

8 “Argentina tiene una vulnerabilidad externa, una vulnerabilidad social, una pérdida de competitividad muy grande de la economía”, De Mendiguren, idem.

de un seguro de desempleo, aumento de las jubilaciones y del gasto del Estado y una reforma tributaria que no cargase las tintas sobre el sector productivo, entre otras cuestiones. Todos estos puntos logran en el discurso de la UIA su unidad en base a la categoría *industrialización*, que en buena medida es utilizado como metonimia de desarrollo: “Nosotros creemos que hacía falta una estrategia de desarrollo industrial y de acumulación de capital”⁹. A su vez, este proceso de desarrollo industrial permitiría “promover el empleo calificado, creo que este es nuestro desafío y estimular la inversión de capital”¹⁰.

De esta manera, podemos encontrar en la noción de *proyecto nacional de desarrollo*, un significante –impreciso sí, pero no “vacío”– que logró amplios niveles de consenso entre diferentes actores en el contexto de la crisis orgánica. Este significante poseía –construido por su enunciador privilegiado como fue la UIA– el sentido específico de aludir a un modo de desarrollo industrial, que permitiría una dinamización del mercado interno y, al mismo tiempo, una mayor competitividad de los “sectores productivos”¹¹ a escala global. Precisamente, esta “convicción desarrollista nacional” como proyecto para resolver la crisis, fue la que permitió los vínculos interdiscursivos entre el GP y el conjunto de la CGT¹². A su vez, fueron estos nudos discursivos los que otorgaron al GP –y a la UIA en particular– la posibilidad de bloquear y deslegitimar otras construcciones políticas discursivas, tanto dominantes como subalternas, en los primeros meses de iniciada la transición económico-política desde la crisis. Entre las construcciones dominantes, sin duda, aparecen como deslegitimadas las posiciones discursivas de AEA y la SRA que continuaban dando crédito a la necesidad de una modernización de la economía a través de la inserción al mundo y la liberalización del comercio y las finanzas, del fomento de la actividad privada con una participación estatal limitada¹³, con “flexibilidad

9 De Mendiguren, Ídem.

10 De Mendiguren, Ídem.

11 Note el lector que, la mayoría de las veces, se alude a la misma rama de actividad con la categoría “sectores productivos” o “sectores industriales”. Más aún, la noción de sectores productivos es utilizada como una *equivalencia directa* – que por tanto reemplaza – la categoría de sector industrial.

12 Rodolfo Daer afirmaba: “Los trabajadores queremos trabajo, queremos que el eje de la política económica sea el aparato productivo”, Viggiano, H., Argentina sindical 2001. Moyano, Daer, Barrionuevo, Rodríguez Saá.

13 Aquí es elocuente la afirmación de Oscar Vicente, presidente de AEA: “Nos anima la certeza de que debemos trabajar en un sistema económico basado en la libertad de mercados, con la empresa privada como palanca de recuperación económica”, *La AEA debutó con un reclamo*, La Nación, 29 de mayo de 2002.

de los mercados laborales” y “condiciones de estabilidad para la inversión que permitan crear empleo” y una política fiscal de austeridad, entre otros puntos destacados¹⁴. En cuanto a las organizaciones subalternas, durante los meses definitorios de diciembre de 2001 y enero de 2002, los nudos interdiscursivos mencionados bloquearon las demandas y posiciones del movimiento piquetero y la CTA. La imposibilidad de una mayor articulación de demandas y de la emergencia de una fuerza política que expresase estos intereses populares para dar la disputa por la constitución del orden, limitaron el accionar de estas organizaciones a un plano defensivo. Así, los puntos programáticos que apuntaban a un “shock distributivo”, un rechazo y auditoría de la deuda externa, un ingreso básico universal, fueron tornándose crecientemente marginales en términos de agenda política a medida que crecía el consenso del proyecto del GP.

Es sobre estas bases que se asentó una hegemonía discursiva de la UIA como actor privilegiado en los últimos días del año 2001 y principios de 2002 que, no sin disputas, logró imponer su programa a escala macroeconómica. Nos queda por señalar, en tercer lugar, cuáles han sido las estrategias u operaciones que permitieron la construcción de estos consensos y su reproducción en el tiempo, al menos durante la coyuntura 2002-2004, como así también tomar nota de los nodos de tensión o antagonismo dirigidos hacia dicha hegemonía discursiva y, por tanto, las posibilidades de una hegemonía alternativa o de una contra-hegemonía.

Identificamos aquí dos tipos operaciones predominantes: las *genéricas* y las *macroestructurales*. Entre las primeras, podemos notar en las posiciones de la UIA durante toda la coyuntura una tendencia al predominio de un *género discursivo científico-técnico* que permitía separar sus programas de aquellos discursos “politizados y radicales” – en particular, de los actores subalternos, de la CTA, los MTD e incluso de la CGT opositora –. Los discursos del *género político-ideológico* –en particular, entre 2001 y 2002– aludían por lo general al ideario desarrollista que hemos comentado. Sin embargo, lo que le otorgaba atisbos de realidad a estas posiciones, era una justificación más bien basada en el género científico-técnico –sobre todo de la “ciencia económica” que había tomado mayor entidad desde la consolidación del neoliberalismo a escala global, con ribetes más *keynesianos* y críticos de las posiciones ortodoxas–. Similares operaciones genéricas fueron llevadas a cabo por otros actores dominantes, tales como AEA, AAPRESID y AACREA.

14 Ver ‘Una estrategia de crecimiento para Argentina’, AEA, mayo de 2003.

El caso paradigmático de un discurso político-ideológico con escasos deslizamientos hacia otros géneros y apelando a ciertos resabios de la Argentina oligárquica, es quizá la SRA. En el caso de AEA buena parte de los discursos que analizamos fundamentan sus posiciones políticas en argumentos científico-técnicos provenientes de la economía neoclásica –y en estrecha relación con “usinas” de pensamiento neoliberal como el Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (CEMA)¹⁵. Por su parte, los discursos del género científico-técnico que desarrollan las entidades ligadas a los sectores más pujantes del agronegocio, ponen el énfasis en la importancia de los desarrollos biotecnológicos y las innovaciones radicales en la producción agrícola para incrementar la productividad y ganar en competitividad¹⁶.

Como han señalado varios autores, el GP se desarticula luego de que el gobierno de Duhalde aplicara derechos de exportación sobre cereales y oleaginosas (Dossi, 2010; Gálvez, 2012). Sin embargo, esta situación de tensión que socavó parcialmente las bases de la hegemonía discursiva de la UIA, se vio atenuada por el segundo tipo de operaciones: las macroestructurales. Es a través de este conjunto de operaciones –entre las cuales se destaca la utilización de figuras retóricas, la concesión y la apelación a los lugares comunes o *topoi*– que la UIA mantuvo a pesar de las disputas y diferencias con otros agrupamientos empresarios y subalternos, una alta injerencia consensual en los temas de agenda pública y, al mismo tiempo, en la esferas de gobierno.

Entre este tipo de operaciones, las de carácter argumentativo han resultado las más efectivas. Así, lo primero que notamos es el sostenimiento de un discurso que apela al sentido común de rechazo de la crisis neoliberal y permite la construcción de una visión alternativa que antagoniza con la defensa del “modelo” anterior, sostenido por “economistas y políticos salvadores”. El discurso de Héctor Massuh –presidente de la UIA en diciembre de 2002– echa luz sobre este aspecto: “Todos estos años nos obligan a reflexionar si no habrá llegado la hora de evitar encandilarse con teorías económicas extravagantes, con economistas salvadores o con políticos

15 AEA, “Una Estrategia de Crecimiento para la Argentina”, mayo de 2003; Discurso de Luis Pagani, presidente de AEA, en la Jornada “El desarrollo económico de la Argentina en el mediano y largo plazo: hacia la construcción de consensos”, mayo de 2004.

16 “Emprendedor permanente”, La Nación 16 de octubre de 2003; “Alivio para el agotamiento de los suelos”, La Nación 13 de septiembre de 2003. “La innovación está intacta”, La Nación 17 de agosto de 2002. “Rastrojos, nuevos genes y un paso más allá”, La Nación 17 de agosto de 2002.

providenciales; y poner nuestra fe, toda nuestra fe, en proyectos fundacionales que entusiasmen y despierten la épica de las epopeyas nacionales”¹⁷. En el mismo párrafo, se realiza un desplazamiento metafórico evidente: “los proyectos fundacionales y la épica de las epopeyas nacionales”, se refieren a la instrumentación de un proyecto nacional de desarrollo, con los significados parciales que comentamos previamente – industrialista, competitivo, etc. –.

Un segundo elemento que emerge como operación discursiva es el uso de la *concesión* como una herramienta clave para integrar a actores empresariales del agro y las industrias extractivas, que no se encuentran en la representación formal de la UIA y que, a primera vista, parecieran tener intereses contrapuestos con este actor colectivo. La *concesión* se da en el discurso de Massuh a través de una pregunta retórica que vale la pena exponer:

“¿No habrá que dejar de pensar en pequeño y encarar grandes proyectos en la minería, en la agroindustria, la energía, la forestación, el turismo y en una política de transporte que integre toda la Nación?”¹⁸.

La UIA tensionaba así la histórica dicotomía agro/industria que aún en esta coyuntura era asumida como clave de lectura por los sectores más conservadores del empresariado rural, los cuales continuaban marcando esta polaridad e incluso desprestigiando los aspectos salientes en términos productivos y distributivos del período de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), con una cierta añoranza por volver a un modo de desarrollo agroexportador¹⁹.

Estas estrategias macroestructurales tomaron mayor dimensión a partir del acceso de Alberto Alvarez Gaiani de la Coordinadora de las Industrias de Productos Alimenticios (Copal) a la presidencia de la entidad industrial. El empresario provenía del Movimiento Industrial Argentina (MIA) que representa con mayor claridad a los sectores transnacionales del empresariado local²⁰. Desde esta nueva conducción de la entidad –al mismo tiempo en que comenzaba a concluir el período de transición política de la crisis con la llegada

17 Discurso de Héctor Massuh, 8va Conferencia Industrial, diciembre de 2002.

18 Ídem.

19 Este ejercicio de negación del período de la ISI fue retomado desde su fundación misma por AEA. En este sentido, lo consideramos una forma de desplazamiento discursivo para negar la impronta del desarrollismo nacional-popular.

20 Por supuesto, que la llegada de Gaiani a la presidencia no se dio sin fuertes disputas internas. Véase “Se recalienta la disputa por la presidencia de la UIA”, La Nación 12 de marzo de 2003. “El poder, en vías de una redefinición”, La Nación 8 de abril de 2003.

de Néstor Kirchner a la presidencia–, hubo tres planos en los cuales las estrategias de la UIA continuaron aportando a la construcción de su hegemonía discursiva.

El primero de ellos es que la tendencia al bloqueo de los discursos subalternos se tornó más transparente, negando las prácticas de protesta y movilización que se impulsaban sobre todo desde la CTA y los MTD: “(...) no podemos ignorar nuestra alarma por la proliferación de los cotidianos actos de protesta que alteran el normal desarrollo de las actividades productivas (...). Aceptar la legitimidad de reclamos no significa resignar la vigencia de los derechos a la libre circulación de personas y bienes amparados por nuestra Constitución”²¹.

Este rechazo abierto a las modalidades que había adoptado la protesta social de los subalternos podemos ubicarlo como una apelación a cierto *topoi* que, como señala Svampa (2011), puede definirse como una “demanda de normalidad”²² de una parte importante de la sociedad. En paralelo, este bloqueo iba acompañado de una operación de re-articulación de las demandas subalternas de forma tal de despojarla de radicalidad, en una típica operación de inclusión subordinada de las demandas en la formación discursiva hegemónica (Balsa, 2011). Así, el flamante titular de la UIA afirmaba “Sin duda, uno de los [temas] más relevantes es la necesidad de transformar los distintos planes de ayuda social, que fueran instrumentados como respuesta inmediata a las penurias económicas que afectaban a grandes sectores de la población, en herramientas que estimulen la creación de puestos de trabajo permanentes”²³. En este sentido, la “creación de puestos de trabajo” alude a la recuperación de los procesos de integración típicos del período de la ISI con un solapado indicio de desprestigio hacia los planes de ingresos y empleo promovidos por el Estado que, si bien eran necesarios en la crisis, una vez superado el “estado de excepción” deben dejarse de lado.

En un segundo plano, encontramos la profundización de las estrategias retóricas y de concesión en relación a otros sectores empresariales: “(...) convocamos a todos los representantes de las entidades empresariales, sin distinción alguna, para que juntos apoyemos este nuevo proyecto que pretende devolver a nuestra

21 Discurso de Alvarez Gaiani, 9na Conferencia Industrial Argentina, diciembre de 2003.

22 Cabe señalar, que en el mismo discurso de asunción del presidente Néstor Kirchner, uno de los nodos centrales tuvo que ver con la reconstrucción de “país normal”, en una diálogo explícito a estas demandas de sectores dominantes.

23 Discurso de Alvarez Gaiani, *idem*.

Nación el destino venturoso que merecen todos sus habitantes”²⁴. Este llamado a la unidad de los diversos “sectores de la producción”, entabla nodos interdiscursivos con los planteos de Gustavo Grobocopatel –que expresa las posiciones de las entidades dinámicas del agronegocio, como AAPRESID y AACREA–. Basado en una argumentación del género científico-técnico, el presidente del grupo Los Grobo, afirmaba: “Es decir, que acá hubo una convergencia en la visión entre la producción [agropecuaria] y la industria, y es interesante reflexionar sobre este tema. Acá no hubo un plan estratégico, no hubo políticas activas, no hubo nada de eso: hubo una convergencia natural de dos sectores que ven una oportunidad y la aprovechan en forma coordinada (...) Entonces, la agroindustria tiene esa visión compartida que da lugar a uno de los clusters más competitivos del planeta. (...) es un desafío para el sector industrial y para el sector agropecuario poder atender la demanda que se viene en el mundo de alimentos; y realmente Argentina tiene mucho que decir”²⁵.

El tercer y último plano, se refiere al intento de mantener los vínculos interdiscursivos –además de las estrategias de presión concreta– con las altas esferas estatales. El texto anterior de Gaiani deja en claro el apoyo explícito al proyecto político de Néstor Kirchner y, al mismo tiempo, fortalece los aspectos instrumentales del discurso de la UIA en relación a la fuerza política en el poder que ya se venía desarrollando desde el gobierno de Eduardo Duhalde.

Llegados a este punto, nos resulta de interés señalar cuáles han sido las grietas y los potenciales antagonismos en relación a esta hegemonía discursiva desarrollista del capital productivo bajo la conducción de la UIA. Una vez cerrado el proceso de transición post-crisis, la llegada de un nuevo gobierno en 2003 y la recuperación económica que se evidenciaba desde octubre de 2002, mostraban los primeros destellos de un nuevo orden económico-político sin dudas prefigurado –al menos en términos de la política macroeconómica– por el período de transición de los gobiernos de Rodríguez Saá y Duhalde. Así, desde 2003, aún con una importante hegemonía discursiva de los actores dominantes que comentamos previamente, comienzan a desarrollarse nuevos temas y, por ello, nuevos desafíos y antagonismos a dicha hegemonía.

En base al análisis crítico que realizamos encontramos tres tensiones hacia algunos de los aspectos de la hegemonía de la UIA, tanto desde actores subalternos como desde los dominantes, que

24 Discurso de Alvarez Gaiani, *idem*.

25 Discurso de Gustavo Grobocopatel, Conferencia Industrial Argentina, diciembre de 2003.

persistieron durante toda la coyuntura devaluatoria (2002-2004).

La primera tensión, se relaciona a las posiciones de los actores subalternos que impulsaban ya desde los meses posteriores a la devaluación del peso, una reapertura de los Convenios Colectivos de Trabajo por rama de actividad, la necesidad de una convocatoria al Consejo del Salario Mínimo y el sostenimiento de la doble indemnización por despido que había implementado el gobierno de Duhalde²⁶. Estas demandas se encontraban en el seno de los discursos de la CGT que comenzaba a unificarse alrededor de la figura de Hugo Moyano y eran impulsadas también por la CTA. Sin duda, las respuestas estatales durante 2002 fueron por demás insatisfactorias y sólo hubo incrementos de ingresos no remunerativos para los trabajadores formales²⁷. Esta situación condujo a ambas centrales a profundizar sus reclamos unos meses antes de las elecciones presidenciales en relación a convenios colectivos y reapertura de las negociaciones paritarias para recuperar el terreno perdido luego de la devaluación del peso y, sobre todo desde la CTA, se exigía además un seguro de formación y empleo de \$450²⁸.

Estas demandas insatisfechas, más allá del acercamiento de la CGT a las posiciones discursivas del Grupo Productivo desde diciembre de 2001, generaron una necesaria tensión sobre la hegemonía desarrollista que dicho grupo, y sobre todo la UIA, venía construyendo sobre ciertas organizaciones subalternas.

De esta manera, queremos señalar aquí que la transición desde la crisis hacia el nuevo modo de desarrollo fue a través de una distribución de ingresos regresiva, levemente matizada por incrementos no remunerativos de ingresos para los trabajadores ocupados y por programas de gasto público social para los desocupados. El sostenimiento en el tiempo de una dominación consensual acerca del nuevo horizonte que el proyecto nacional de desarrollo involucraba, requería de la inclusión de estas demandas –principalmente económicas– de las clases subalternas. Es así que un año después de la asunción de Kirchner como presidente, comienzan a tener respuesta estas demandas a través de la política estatal. Ya en marzo de 2004 se modifican algunos elementos de la reforma laboral aprobada en 2000²⁹. La rehabilitación del Consejo del Salario Mínimo Vital

26 “El Gobierno prorrogó la doble indemnización hasta diciembre”, La Nación 18 de junio de 2003.

27 “Extenderán a \$ 130 el aumento salarial a partir de enero”, La Nación 16 de diciembre de 2002.

28 “Protestas de la CTA para las elecciones”, La Nación 6 de marzo de 2003.

29 Entre otros puntos, se limita el uso del período de prueba, así como la posibilidad de negociar fuera del convenio colectivo si no fija condiciones más favorables

y Móvil (SMVM) se instrumentó en agosto de ese mismo año, lo cual permitió nuevos pisos de negociación salarial para los trabajadores formales y, por tanto, mejores posibilidades de negociación en cada rama de actividad. La negociación colectiva de trabajo tuvo, efectivamente, a partir de allí un fuerte impulso³⁰.

La inclusión de la demanda por reapertura de la negociación colectiva tuvo dos efectos de importancia. Por un lado, permitió concretar una conducción unitaria de la GGT de la cual Moyano formaba parte y que comenzaría a apoyar al gobierno de Néstor Kirchner. Por otro lado, dio lugar a una nueva inclusión subordinada de estas demandas en el plano de la hegemonía desarrollista, sin mayores costos para las estrategias empresariales. Más aún, la inclusión de esta demanda era uno de los macrotemas en los cuales existían puntos de contacto entre las centrales sindicales –sobre todo en la CGT– y la conducción de la UIA. Esta confluencia de intereses se tornó más evidente a partir de la convocatoria presidencial a revitalizar el *Consejo del Empleo, la Productividad y el SMVM* (decreto 1095/04)³¹.

Un último elemento a incluir en cuanto a las posiciones subalternas, es que a diferencia de estas demandas que lograron ser incluidas rápidamente en la estrategia hegemónica –aún cuando reabrieron un canal de tensión constante que parecía anulado años atrás–, las disputas por redistribución de ingresos de los MTD y aquellas ligadas a un ingreso básico para todos los trabajadores que proponía la CTA³², poseían un carácter más disruptivo en relación a los consensos que podían impulsar las clases dominantes. Por tanto, la inclusión de estas demandas no tuvo lugar en la coyuntura devaluatoria. A pesar de ello, los posicionamientos políticos de una serie de organizaciones piqueteras en relación al gobierno nacional, generaron importantes acercamientos que serían sólo un esbozo de cómo comenzaba a alterarse el balance entre economía y política en

para el trabajador, y se prevé la renovación automática del convenio anterior ante la falta de un nuevo acuerdo a la fecha de vencimiento.

30 Las negociaciones colectivas de trabajo crecieron de 348 en 2004 a 1.231 en 2008, pasando de involucrar 1.222.000 de trabajadores a 3.992.000 en el mismo período. Fuente: Ministerio de Trabajo, empleo y seguridad social.

31 Entre las organizaciones de las clases dominantes, participaron la UIA (con 5 representantes), CRA, SRA, Federación Agraria Argentina (FAA), CONINAGRO, la Cámara del Comercio, la Cámara de la Construcción, ADEBA, entre otras. Por su parte, entre las organizaciones subalternas, participaron 13 representantes por la CGT y 3 por la CTA.

32 La CTA sistemáticamente reclamó que el salario mínimo cubriera la canasta básica familiar, monto al que jamás se aproximaron los acuerdos posteriores. A su vez, desde la constitución del FRENAPO, la propuesta de un ingreso universal, se encontró siempre en el programa de esta central de trabajadores.

la constitución de un nuevo orden social. Así, en junio de 2004 se formaría una articulación de agrupamientos piqueteros que apoyaría explícitamente al nuevo gobierno³³.

La segunda de las tensiones políticas sobre la construcción hegemónica se impulsó desde aquellas organizaciones que, aún formando parte del bloque dominante, intentaron generar consensos sobre la necesidad de fortalecer al menos dos sectores de actividad que habían sido los menos favorecidos en los procesos de recomposición económica post-crisis: el sector financiero local y, dentro de la fracción productiva, las empresas de servicios públicos privatizados en los años noventa. Ambas fracciones se encontraban desde 2002 representadas mayoritariamente en AEA. Esta entidad insistió con la inclusión en la agenda pública de los temas que apuntaban a cuestionar ciertos aspectos de la hegemonía desarrollista y, por su intermedio, generar una articulación de intereses que incrementara el poder de *lobby*³⁴ sobre las decisiones del nuevo gobierno para que se volcaran a favor de los sectores financieros y de servicios públicos privatizados. Entre los temas más relevantes desde la perspectiva de la AEA aparecía la necesidad de renegociar la deuda externa pública en default, llegando a un acuerdo con los organismos multinacionales de crédito, reestructurando la deuda privada y la renegociación de las tarifas de los servicios públicos privatizados, congeladas durante el gobierno de Duhalde. Por otro lado la AEA mostraba una coincidencia estratégica con los sectores financieros del capital local, por lo que bregaba por una rápida reactivación del sistema financiero, cuyo éxito dependería de la implementación de cinco instrumentos puntuales: la resolución del default de la deuda pública; una rebaja de las alícuotas de los impuestos al crédito y débito bancario; limitar las financiaciones hacia el sector público; una institucionalidad fiscal que ponga límites efectivos al incremento del gasto público; y, el desarrollo de una jurisprudencia favorable al cumplimiento de las obligaciones financieras³⁵.

La tercera y última tensión que reconocemos hacia la hegemonía desarrollista que tenía a la UIA como el actor/enunciador privilegiado,

33 Participaban de ella la Federación de Tierra y Vivienda, el Frente Barrios de Pie, y el Frente Transversal Nacional y Popular de la CTA. Los grupos que no se aliaron persistieron como piqueteros “duros” y fueron los que sostuvieron la protesta durante el resto de esta coyuntura. Entre ellas figuran el MTD Aníbal Verón, la Corriente Clasista y Combativa, el Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados, el Polo Obrero, y el Bloque Piquetero Nacional.

34 Así lo reconocía explícitamente el presidente de AEA, Luis Pagani, ver “La AEA debutó con un reclamo”, La Nación 29 de mayo de 2002.

35 “Fuentes e instrumentos de financiamiento de las empresas en Argentina”, informe de Martín Lagos para AEA, julio de 2004.

fue impulsada por los sectores tradicionales del agro y se centró en el desmantelamiento de lo que consideraban una vuelta a la “política populista”. En particular, el tema central de la crítica era el sistema impositivo –en particular, atacaban los derechos de exportación–. La “presión fiscal” –presentada también como “voracidad fiscal”³⁶–, aparecía en la mayoría de los discursos de la SRA como el problema clave a resolver para desarrollar las potencialidades del sector agropecuario, que de acuerdo a estas posiciones, fue el único sector de actividad que continuó produciendo durante la crisis.

La demanda por la reducción de impuestos fue *in crescendo* en intensidad desde la asunción de Kirchner y ya en 2003 se planteaba la necesaria desaparición de las “retenciones a las exportaciones”³⁷. En la Exposición Rural de 2004, Luciano Miguens reiteraba el rechazo de este impuesto para lograr incrementos de la competitividad, reconociendo que “(...) no hay duda que esta reactivación fue liderada por el sector de la producción agropecuaria”³⁸.

La unificación política del bloque en el poder: estrategias para la consolidación de una hegemonía desarrollista

Las tensiones construidas en relación a la hegemonía desarrollista continuaron desenvolviéndose por varios años de manera latente. Sin embargo, en los años que abarcaron el segundo tramo del gobierno de Kirchner (2005-2007), el dominio consensual de las fracciones productivas de las clases dominantes logró estabilizarse. En estos años, la hegemonía desarrollista comenzó un proceso de consolidación que involucró nuevas operaciones discursivas para sostener el “nuevo modelo” económico y, al mismo tiempo, impulsar un “proyecto” relacionado con lograr el “desarrollo” del país.

En base a estas cuestiones, hemos identificado en esta coyuntura particular dos aspectos salientes que dieron lugar a un dominio consensual sobre el rumbo económico-político impulsado por los actores colectivos, ligados al nuevo bloque en el poder y cuya dirección política fue asumida por la fuerza política en el poder –el gobierno de Néstor Kirchner–.

El primero de ellos se refiere a la ampliación de los nodos interdiscursivos a través de la emergencia de nuevos macrotemas, lo que permitió una articulación más profunda de las posiciones de actores dominantes y subalternos, y de ambos con la fuerza política en

36 Ver “Fuerte avance impositivo”, La Nación, 21 de diciembre de 2002.

37 “La Rural pidió la eliminación gradual de las retenciones”, La Nación, 27 de julio de 2003.

38 “El Campo le reclamó al Gobierno la reducción de las retenciones”, La Nación, 31 de julio de 2004.

el poder. Si bien estos acercamientos remiten a una multiplicidad de variedades discursivas y de prácticas no discursivas, los puntos nodales “crecimiento económico”, “productividad”, “inserción internacional”, “pacto social” operaron en esta coyuntura favoreciendo inter-discursividades que permitieron una justificación político-ideológica de la hegemonía desarrollista y del patrón de reproducción económica que emergía desde la crisis.

El segundo aspecto a señalar es el desplazamiento discursivo impulsado por los actores colectivos dominantes –en particular por la UIA, AAPRESID y AACREA–, que involucró el pasaje de una construcción hegemónica donde el peso del “pasado” –la crisis, el neoliberalismo como negatividad– permitía revalorizar el presente, hacia una polaridad donde lo “potencial” –el proyecto, el futuro, el desarrollo– comienza a ganar mayor peso para consolidar el discurso hegemónico en el presente. Si bien en tiempos de crisis, la partición del espacio político discursivo en términos de crisis/normalidad es fructífera para la construcción de hegemonía, en “tiempos normales” o de estabilidad económico-política no es suficiente esa división binaria y se requiere, como señala Zemelman (1989), de un entrelazamiento mayor entre presente y futuro. Veamos brevemente cómo se han expresado estos dos aspectos que señalamos en la constelación de discursos que seleccionamos para esta coyuntura.

En lo que atañe a la ampliación de los macrotemas que operaron como puntos nodales para articular inter-discursividades novedosas, aparece como central el “crecimiento económico”. Este punto nodal está presente en las intervenciones del presidente de la UIA Héctor Méndez: “(...) después de una crisis gravísima, de consecuencias imprevisibles en el plano político, económico y social, estamos creciendo en forma sostenida a una tasa del 9% anual (...)”. La valoración del proceso de crecimiento post-crisis, se acentúa incluso a través de una lectura positiva sobre el porvenir de este crecimiento y de otras categorías, que se las identifica como asociadas a él: “(...) las perspectivas económico-sociales son alentadoras, tanto en el campo del crecimiento del producto bruto interno, de la disminución de la pobreza, del aumento de la ocupación y del volumen de nuestras exportaciones”³⁹.

Además de la valoración del crecimiento económico en sí, como paso necesario hacia el “desarrollo”, en estos discursos se establecen una serie de causalidades, entre las cuales podemos destacar la idea de que del crecimiento sostenido del PBI se deriva lógicamente

39 Héctor Méndez en la 95° Conferencia Anual de la Organización Internacional del Trabajo, 6 de junio de 2006.

creación de empleo, distribución de ingresos, reducción de la pobreza y aumento de las exportaciones.

Si bien este tipo de causalidades se expresa en discursos principalmente del género político-ideológico, la argumentación de las cadenas causales se realiza a través de discursos científico-técnicos ligados a visiones keynesianas y estructuralistas de la ciencia económica, que por lo general otorgan una interpretación del cambio en el modo de desarrollo enmarcada en las lecturas que llamamos *economicistas-estado céntricas*. De esta manera, los géneros discursivos se articulan permitiendo grados mayores de amplificación de los discursos hegemónicos.

En la coyuntura 2005-2007, los temores asociados a las posibles limitaciones del proceso de crecimiento iniciado en el último trimestre de 2002 parecían diluirse en el discurso de la UIA. Como en el caso de la UIA, las expresiones más liberales del empresariado nacional valoraban el proceso iniciado en 2002 y sus potencialidades para avanzar hacia una mayor creación de empleo, competitividad e inserción internacional⁴⁰. Nuevamente, el crecimiento económico sostenido aparece como el punto de partida necesario de un proyecto de desarrollo de largo plazo con mayor equidad y mejor capacidad exportadora. Un punto interesante a destacar es que en esta etapa de justificación del nuevo orden, desaparecen las posiciones antagónicas entre las fracciones financieras –mayoritariamente expresadas en AEA– y productivas-manufactureras –cuyos intereses son representados en las diversas tendencias de la UIA–.

En relación a sectores o ramas al interior de las fracciones productivas del capital, las posiciones nuevamente se diferencian entre las entidades agropecuarias corporativas clásicas y las organizaciones del agro con perfil técnico. Entre las primeras, luego de la insistente demanda por reformas tributarias y del incremento de subsidios para la producción ganadera y lechera, la beligerancia de las posiciones se redujo durante el par de años que abarca de 2004 a 2006. Sólo comenzó a reactivarse la disputa sobre algunas demandas puntuales –como el cuestionamiento a las restricciones a la exportación de carnes– a fines de 2006. Sin embargo, estas disputas corporativas permanecieron bloqueadas por los discursos hegemónicos en aquellos años.

40 “La nueva previsibilidad de la economía argentina es un contexto favorable para que las firmas puedan desarrollar su base de negocios y plantearse estrategias de generación de ventajas competitivas dinámicas, que permitan nuevas oportunidades de empleos decentes, una mayor inserción internacional y la incorporación del territorio en los modelos de desarrollo”. Conclusiones formales 42° Coloquio de IDEA. Fuente: La Nación.

Por su parte, en el caso AAPRESID y AACREA, si bien continuaron con cuestionamientos a la “política fiscal distorsiva” –en particular, a los derechos de exportación sobre la soja–, sus discursos apuntaban a fortalecer el crecimiento a través de la agregación de valor en la producción agrícola y la inserción exportadora mediante el desarrollo tecnológico y científico aplicado, que permitiría ganancias importantes de productividad-competitividad. Además, estas entidades reconocían la importancia de la disolución de las fronteras entre sectores de la producción y la necesidad de “(...) pensar en un modelo que no implique que unos ganen y otros pierden”⁴¹. Desde esta lectura, se afirmaba que: “La economía agropecuaria es el motor por excelencia para que este proceso de generación de riquezas se dé como un círculo virtuoso para la creación de nuevos bienes y servicios”⁴². Sin embargo, esta reivindicación de la actividad agropecuaria no se realiza desde una lectura bucólica, tradicional o conservadora del agro, sino más bien intentando romper con las limitaciones de los modelos desarrollistas clásicos que planteaban lógicas duales en las dinámicas de los sectores agropecuarios e industriales, con una clara valoración de los últimos sobre los primeros. Esta es la base político-ideológica de lo que estos actores dinámicos del agro argentino han llamado “agronegocio”. Es así que estos sectores, en particular AAPRESID, afirmaban que “los conceptos que promueven el enfrentamiento entre campo y ciudad son vacíos, falsos y hasta perversos, acuñados en una historia que no deseamos repetir”⁴³. Vemos aquí que, si bien parece plantearse una tensión desde estas entidades hacia la impronta desarrollista más clásica impulsada por la UIA, el punto nodal “productividad” permite fortalecer los consensos entre estos actores dominantes. Dicha noción de productividad, asociada al desarrollo científico aplicado a la producción agropecuaria y al proceso de industrialización del sector, recibió un fuerte reconocimiento desde el poder estatal a través del fortalecimiento del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), la articulación de las universidades públicas con el sector privado para el desarrollo del agronegocio, y las agencias de promoción científicas del Estado (CONICET y ANPCyT) para la profundización de los desarrollos biotecnológicos y químicos relacionados a estas producciones.

Por lo dicho hasta aquí, más allá de cuestionamientos corporativos

41 Discurso de Jorge Romagnoli, presidente de AAPRESID, durante la inauguración del XIV Congreso de la entidad.

42 Discurso de Jorge Romagnoli, Idem.

43 Discurso de Jorge Romagnoli, Idem.

sobre políticas puntuales, la justificación del nuevo modo de desarrollo permitió en esta coyuntura la estabilización de un bloque dominante también en el plano discursivo, a partir de la articulación entre los nodos discursivos crecimiento, productividad e inserción internacional.

Además, las argumentaciones de estos actores en relación a las causalidades que mencionamos previamente, condujeron a la inclusión –conflictiva, por cierto– de las demandas y posiciones discursivas de los actores subalternos. El posicionamiento respecto a la política económica del gobierno, a las bondades del crecimiento económico y a la creación de empleo –sobre todo desde el triunfo de Hugo Moyano en la interna de la CGT en el año 2005– se tornó evidente. Quizá el punto de mayor conflicto se encontraba en la apropiación de los ingresos, los frutos del crecimiento, entre trabajadores y empresarios⁴⁴. Desde la re-apertura del Consejo del SMVM y las negociaciones paritarias por rama de actividad, el conflicto distributivo comenzó a ser parte de la agenda pública del “nuevo modelo”, sin por ello generar mayores interrupciones a las bases establecidas por éste. Principalmente, fue la categoría de “pacto social” o “concertación” la que permitió que el conflicto distributivo no se saliera de los parámetros “normales”. La estrategia discursiva de los actores dominantes estuvo orientada a generar una serie de *equivalencias*, que permitiera vincular la noción de *pacto social* con la *productividad* y la *competitividad*: los incrementos salariales eran posibles, necesarios y deseables si respetaban los principios de acompañar las mejoras en la productividad y competitividad que los diversos sectores productivos venían alcanzando, beneficiados por una política económica adecuada.

Así, comenzó a consolidarse en la coyuntura 2005-2007 una justificación político-ideológica de la hegemonía discursiva de los sectores productivos del capital. Este dominio consensual fue logrado a partir de la conjunción de los nodos discursivos que se venían instalando desde el año 2002 (desarrollo nacional e industrialización) y de los nuevos nodos (crecimiento, productividad, la inserción exportadora y pacto social). La hegemonía de estos actores dominantes dio lugar a la conformación de un *bloque social* integrado por la mayor parte de las organizaciones empresariales y de un actor subalterno clave, la CGT.

La declaración conjunta que producen las organizaciones empresariales y subalternas analizadas en mayo de 2006⁴⁵, abona a la

44 “Lavagna y la CGT debaten por salarios”, La Nación, 23 de febrero de 2005.

45 “A tres años de gobierno: Argentina en crecimiento”, Declaración conjunto

idea de la conformación de este bloque, puntualiza sobre los nodos discursivos que identificamos como relevantes y explicita el objetivo de dar respaldo a un esquema de políticas macroeconómicas: “A tres años del inicio de gestión del actual Gobierno de la Nación, las entidades más representativas de la industria, los servicios, la banca, el comercio y el trabajo, quieren expresar su apoyo a una gestión que supo encauzar una economía en decadencia hacia un sendero de fuerte crecimiento”⁴⁶. Estos actores reconocen, además, que el crecimiento alcanzado a través de esta gestión del Estado y sus implicancias “(...) constituyen la plataforma sobre la cual consolidar lo obtenido y aprovechar la oportunidad de alcanzar un alto nivel de desarrollo”, para lo que se torna necesario sostener los que llaman “pilares” de este crecimiento: superávit fiscal y comercial, crecimiento con inclusión social y un tipo de cambio competitivo. Por último, la declaración alude al “pacto social” a través de la noción de que el crecimiento y sus consecuencias asociadas – se garantiza a través del “(...) accionar conjunto del Gobierno, trabajadores y sector empresario”⁴⁷.

Este bloque social no incluyó a otras organizaciones subalternas. En particular, la CTA continuó planteando la necesidad de creación de empleo formal –lo que implicaba el combate de la precarización e informalidad laboral–, la elevación del SMVM al nivel de la canasta familiar, un ingreso de carácter universal, movilidad jubilatoria, entre otros aspectos⁴⁸. Sin embargo, al igual que ocurrió con los MTD, por estos años comenzaron a intensificarse las diferencias al interior de la central, sobre todo en relación al posicionamiento político respecto del “modelo” y, sobre todo, del “proyecto político” que expresaba el Frente para la Victoria. Ya hacia el año 2007, el apoyo de la fórmula electoral Filmus-Heller por parte de Hugo Yasky –el dirigente de una de las tendencias de la conducción de la CTA– fue la primera manifestación del resquebrajamiento de la unidad de conducción que se había mantenido en la central desde la década de 1990⁴⁹.

de ADEBA, Bolsa de Comercio de Buenos Aires, Cámara Argentina de Comercio, Cámara Argentina de la Construcción, CGT, UIA y AEA.

46 “A tres años de gobierno: Argentina en crecimiento”, Idem.

47 “A tres años de gobierno: Argentina en crecimiento”, Idem.

48 Estas demandas tomaban la forma de propuesta de política estatal a través de la producción de un discurso científico-técnico asociado al Instituto de Estudios y Formación de la CTA a cargo de Claudio Lozano. Ver Lozano, C.; Ramieri, A. y Raffo, T. (2006). “Aportes para encarar la discusión salarial y de ingresos de 2007”.

49 “(...) a nivel de nuestra representación pública, como dirigentes de la CTA, resolvimos tener una definición muy clara y es apoyar la fórmula Filmus-Heller”,

Hasta aquí pusimos el énfasis en la constitución de un nuevo bloque social articulado a través de una serie de nodos interdiscursivos que profundizaron y dieron mayor concreción a los que habían permitido el puntapié inicial de la nueva hegemonía discursiva post-crisis. Sin embargo, como hemos señalado, nos queda por comentar brevemente cuál fue el rol del desplazamiento de la polaridad presente-pasado hacia la polaridad presente-futuro y, por tanto, cómo la articulación hegemónica se logra también a causa de los impactos que sobre el presente poseen los proyectos societales en disputa.

En este sentido, las operaciones discursivas de los actores dominantes dentro del nuevo bloque histórico, han tendido en esta coyuntura a basarse fuertemente en la “lógica de lo potencial” más que en una polarización del nuevo orden en relación a la crisis⁵⁰.

Tanto en los textos del género político-ideológico como en aquellos propios del género científico-técnico, el reconocimiento de la situación exitosa en cuanto a crecimiento, estabilidad, inserción al mundo e inclusión, conduce a los actores dominantes a postular la necesidad de explotar las oportunidades para lograr el “desarrollo sustentable”, el “desarrollo con inclusión”, el “desarrollo competitivo” y otras formas similares. En todos los textos analizados, encontramos que el ideario desarrollista que comienza a articular discursos dispersos en la coyuntura 2002-2004, se nutre en 2005-2007 de una promesa de futuro promisorio, asociado sobre todo a aprovechar las oportunidades que la economía global otorga a la Argentina una vez superada la crisis. El ejemplo paradigmático de estas intervenciones que enmarcan el desplazamiento discursivo señalado, lo constituyen AAPRESID y AACREA. Sin embargo, también la UIA logró en estos años articular su ideario desarrollista clásico con la nueva situación internacional⁵¹.

Así, los dos aspectos que hemos mencionado –los nuevos nodos interdiscursivos y la influencia de los proyectos de futuro– permitieron consolidar una hegemonía desarrollista que se escapaba parcialmente de los determinismos del desarrollismo clásico, ya sea éste influenciado por las ideas *cepalinas* o bien por aquellas más liberales propuestas dentro de la perspectiva *rostowniana*. La nueva hegemonía discursiva –apoyada en el proceso de recomposición

Hugo Yasky manifestó su apoyo a la fórmula Filmus – Heller, Página/12, 6 de junio de 2007.

50 Sin duda, este desplazamiento es solo parcial y no implica que la polarización presente-pasado continuó operando para la construcción hegemónica.

51 Ver, por ejemplo, el Discurso Héctor Méndez, 15ta Conferencia Industrial Argentina.

económica– dio lugar a la conformación incipiente de un nuevo bloque social entre 2005 y 2007.

Quizá el último elemento de peso que debemos mencionar aquí es que la conformación de este bloque y la consolidación de la hegemonía coinciden, quizá paradójicamente, con la emergencia de una serie de tensiones sobre el patrón de reproducción económica. Luego de casi cuatro años de crecimiento sostenido, superávit fiscal y comercial, incrementos del salario real y mejora de la distribución funcional de ingresos, podemos identificar en / hacia el año 2007 limitaciones en el patrón de reproducción económica que marcarán la coyuntura posterior. Las tres limitaciones que se manifiestan por estos años son: la aceleración del proceso inflacionario que acentúa el conflicto distributivo, el deterioro –parcial– de la balanza comercial y el desgaste de la brecha fiscal (Félez y López, 2012; Cantamutto, 2013). Sobre este escenario, se producirá un resurgimiento de los antagonismos y un cambio en la lógica de la construcción de hegemonía en años posteriores.

4. Reflexiones finales

A lo largo de este trabajo abordamos los aspectos discursivos de la constitución de una hegemonía desarrollista en el período 2002-2007 por parte de los representantes de ciertas fracciones de las clases dominantes. Hemos visto cómo, luego de la crisis del neoliberalismo, tiene inicio a la par de los procesos de recomposición económica, la construcción de una nueva hegemonía discursiva impulsada por la UIA y que podríamos llamar “hegemonía desarrollista”. Ese proyecto político comienza a emerger en forma de demandas parciales hacia el gobierno de De la Rúa y Rodríguez Saá y termina por lograr una fuerte incidencia en el poder estatal a partir de la llegada de Duhalde a la Casa Rosada. La UIA logró, en los años de crisis, articular una serie de demandas en torno a lo que se llamó el Grupo Productivo, ligadas principalmente a la necesidad de devaluación del peso –entre otros elementos programáticos– que, incluso, permitió un acercamiento de ciertos actores colectivos ligados a los intereses de las clases subalternas –en particular, la CGT–.

Por supuesto, esta hegemonía desarrollista fue eventualmente desafiada por otros actores colectivos –tanto dominantes como subalternos–. Esas tensiones, sin embargo, fueron exitosamente absorbidas por una iniciativa hegemónica fundada en un proyecto nacional de desarrollo que, más allá de tener un cierto contenido delineado por los actores privilegiados que lo impulsaron, permitió la inclusión

parcial de algunas de estas demandas o tensiones, o bien logró bloquearlas a través de lógicas binarias y desplazamientos metonímicos que desacreditaron la acción de los actores no hegemónicos.

Este proceso de emergencia de una hegemonía desarrollista tuvo lugar entre 2002 y 2005. A partir de allí y hasta la crisis política que implicó el conflicto agrario en el año 2008, se produjo un nuevo momento de consolidación de la hegemonía desarrollista. Por un lado, nuevos nodos interdiscursivos –tales como crecimiento, productividad e inserción internacional– permitieron afianzar en la coyuntura la estabilización de un bloque dominante en el plano discursivo. Por otra parte, la influencia del desplazamiento de una lógica de polarización entre pasado-presente a una fundada en la polarización presente-futuro, permitió consolidar esa proyección de “desarrollo nacional” a través de la inclusión marginal de actores colectivos subalternos. Así, en el período 2005-2007 la nueva hegemonía discursiva, relacionada íntimamente al proceso de recomposición económica post-crisis, permitió la conformación de un nuevo bloque social formado por una diversidad de sectores dominantes y subalternos.

Cómo operaron las tensiones económicas y político-discursivas sobre este bloque en los años siguientes, cuál fue el impacto específico de las organizaciones subalternas para desafiar antagónicamente esta hegemonía desarrollista y cuáles fueron los nuevos nodos interdiscursivos articuladores del espacio político nacional luego de 2007, son preguntas que quedan pendientes para futuros trabajos.

Bibliografía

- Alonso, L. E. (1998). *La mirada cualitativa en sociología: una aproximación interpretativa*. Editorial Fundamentos.
- Angenot, M. (2010). *El Discurso Social*. Siglo Veintiuno.
- Bajtín, M. (1989). El problema de los géneros discursivos. In *Estética de la creación verbal* (Siglo XXI). México.
- Balsa, J. (2006). Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía. *Revista THEOMAI*, 14, 13–36.
- Balsa, J. (2011). Aspectos discursivos de la construcción de la

- hegemonía, 1(1), 70-90.
- Bonnet, A. (2007). *La hegemonía menemista: el neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*. Prometeo Libros Editorial.
- Buci-Glucksmann, C. (1978). *Gramsci y el estado: hacia una teoría materialista de la filosofía*. Siglo XXI de España Editores.
- Cainzos, M. A. (1989). "Clases, intereses y actores sociales: un debate posmarxista". *Reis*, (46), 81. <http://doi.org/10.2307/40183394>
- Cantamutto, F. (2015). *El kirchnerismo como construcción de hegemonía populista*. Tesis doctoral. FLACSO: México.
- Dossi, M. (2010). La acción colectiva de la Unión Industrial Argentina en el período 1989-2002. Un análisis desde su dinámica organizativa-institucional. IDAES.
- Fairclough, N. (2001). *Language and Power*. Longman.
- Fairclough, N. (2003). *Analysing Discourse: Textual Analysis for Social Research*. Psychology Press.
- Gramsci, A. (1986). *Cuadernos de la cárcel*. Ediciones Era.
- Gramsci, A. (1998). *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*. Nueva Visión.
- Ives, P. (2004). *Language and hegemony in Gramsci*. London; Ann Arbor, MI: Pluto Press.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la política*. Fondo de Cultura Económica.
- López, E. (2014). *Emergencia y consolidación de un nuevo modo de desarrollo. Un estudio sobre la Argentina post-neoliberal (2002-2011)*. La Plata: Tesis Doctoral. UNLP.
- Marx, K. (2009). *EL DIECIOCHO BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE*. Madrid: Alianza.
- Nun, J. (1989). *La rebelión del coro: estudios sobre la racionalidad política y el sentido común*. Ediciones Nueva Visión.
- Portelli, H. (2003). *Gramsci y el Bloque Histórico*. Siglo XXI.
- Poulantzas, N. (2007). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. Siglo XXI.
- Svampa, M. (2005). *La Sociedad Excluyente. La Argentina Bajo El Signo del Neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Svampa, M. (2011). Extractivismo neodesarrollista, Gobiernos y Movimientos Sociales en América Latina. *Revista Problèmes de l'Amérique Latine*, Nro. 81.
- Thompson, E. P. (1989). *Tradición, revuelta y consciencia de clase: Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Crítica.
- Thwaites Rey, M. (2007). "El Estado ampliado en el pensamiento

- gramsciano”. En M. Thwaites Rey, *Estado y marxismo: un siglo y medio de debates*. Buenos Aires: Prometeo Libros Editorial.
- Torre, J. C. (2012). *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*. Siglo XXI Editores.
- Touraine, A. (1987). *El regreso del actor*. EUDEBA, cop.
- Verón, E. (1987). La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política en El discurso político. In E. Arnoux (Ed.), *Lenguajes y acontecimientos* (Hachette Universidad). Buenos Aires.
- Voloshinov, V. (1992). *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Madrid: Alianza Universidad.
- Wainer, A. (2013). “Cambios en el bloque en el poder a partir del abandono de la convertibilidad. ¿Una nueva hegemonía?”. En *Argentina después de la convertibilidad (2002-2011)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Wright, E. O. (1994). *Clases*. Siglo XXI de España Editores, S.A.
- Wodak, R. (2003). El enfoque histórico del discurso. In R. Wodak & M. Meyer (Eds.), *Métodos de análisis crítico del discurso* (pp. 101-141). Madrid: Gedisa.
- Zemelman, H. (1989). *De la historia a la política: la experiencia de América Latina*. Siglo XXI.